

APROXIMACIÓN A LOS PERSONAJES DE LA NOVELA DECIMONÓNICA: PEPITA JIMÉNEZ, DOÑA PERFECTA Y LOS PAZOS DE ULLOA¹

Anabel SÁIZ RIPOLL

En las novelas propuestas observamos tipos similares, pero distintos en cuanto a su tratamiento y características. En principio, los tres protagonistas masculinos —don Luis, Pepe Rey y Julián— llegan, tras un viaje, a un lugar desconocido. Aquí —un pueblo andaluz en la novela de Valera, Orbajosa en la de Galdós y los pazos en la de la Pardo Bazán— se sucederán casi todos los sucesos novelescos. *Pepita Jiménez* puede calificarse de novela sentimental y amorosa; *Doña Perfecta*, sin perder de vista el conflicto sentimental, nos narra unos hechos bastante violentos, y *Los Pazos de Ulloa* armoniza la trama psicológico-sentimental con motivos bravíos, rurales y decadentes.

Pepita Jiménez es una novela psicológica porque, a través de la correspondencia de don Luis Vargas, aprendemos a conocer su forma de ser². Luis escribe a su tío, el señor Deán, con el propósito de contarle sus vivencias. En la primera carta, la más extensa, nos informa de su pasado y también alude a Pepita, con cierta curiosidad porque cree que será su madrastra en un futuro. Aún sin conocerla, alaba su belleza y discreción. Es una carta desproporcionadamente larga en la que mezcla sus reflexiones de seminarista con otras ideas filosóficas. En la segunda carta ya nos habla del encuentro con la joven:

«Como es posible que sea mi madrastra, la he mirado con detención y me parece una mujer singular, cuyas condiciones morales no atino a determinar con certidumbre»³.

Poco a poco nos vamos percatando del enamoramiento progresivo de Luis, aunque él, debido a su ingenuidad o a su orgullo, se resiste a creer la verdad. No obstante, su sentimiento religioso comienza a tambalearse:

«No es, pues, el escrúpulo que me asalta hoy el de mi orgullo, el de tener sobrada confianza en mí mismo, el de ansiar la gloria mundana de esto; nada que tenga relación con el egoísmo, sino en cierto modo lo contrario»⁴.

Las escenas campestres e idealistas se mezclan con el conflicto narrativo. Don Luis está en su lugar bucólico e idílico donde puede fraguar, y de hecho lo hace, su amor. Él aspira a algo superior que el matrimonio. De ahí que quiera hacerse sacerdote. Sin embargo sus dudas son cada día más evidentes y se inclina, con demasiado afán, ante Pepita, aunque él se esfuerce en negarlo.

Una de sus justificaciones, ante él mismo y ante su tío, quien presumiblemente va a recriminarle su actitud, es manifestar que él debe vivir en el mundo y conocer todas sus posibilidades. Es un resorte psicológico. La voz de la conciencia —o su tío— le indica que no está bien lo que hace, pero él mismo se autojustifica para seguir en este estado de sonambulez previo al enamoramiento:

«No lo dude usted: yo veo en Pepita Jiménez una hermosa criatura de Dios, y por Dios la amo tanto como hermana. Si alguna predilección siento por ella, es por las alabanzas que de ella oigo a mi padre, al señor vicario y a casi todos los de este lugar»⁵.

En la carta del 4 de mayo se produce el primer encuentro solitario con Pepita:

«Entonces sentí por todo mi cuerpo un estremecimiento. Era la primera vez que me veía a solas con aquella mujer y en sitio tan apartado...»⁶.

Ya no podemos equivocarnos: ama a Pepita. No obstante, se muestra tan obstinado que aún lo niega: «yo no amo a Pepita todavía. Me iré y la olvidaré»⁷.

Es curioso ver qué le pasa al joven. Por una parte intenta negar ese amor, pero, por la otra, siente especial orgullo o placer en notar que no le es indiferente a la viuda:

«Ella me mira a veces con la ardiente mirada de que ya he hablado a usted. Sus ojos están dotados de una atracción magnética inexplicable. Me atrae, me seduce, y se fijan en ella los míos»⁸.

Finalmente, no puede más y se declara ante su propia voz interior (el señor Deán actúa de conciencia) enamorado:

«Quiero libertarme de esta mujer y no puedo. La aborrezco y casi la adoro. Su espíritu se infunde en mí al punto que la veo, y me posee, y me domina y me humilla»⁹.

«Es un amor de odio, que me aparta de todo menos de mí. La quiero para mí, toda para mí y yo todo para ella»¹⁰.

Por primera vez se nos muestra en toda su dimensión de hombre real al declarar este amor. Y no se lo confiesa a su señor tío, sino a sí mismo. Después de esto, todo será más fácil para él. Así, el primer beso entre ambos es el resorte que pondrá en marcha todos sus procedimientos de autodefensa. Los últimos:

«¡Dios mío, haz que Pepita me olvide; haz, si es menester, que ame a otro y se con él dichosa!»¹¹.

Todo esto nos recuerda los amores imposibles del Romanticismo, aunque este sea un amor ideal que acaba felizmente.

Pepe Rey, el protagonista de *Doña Perfecta*, no es ya un ser ideal ni soñador. Ejerce una profesión del «siglo». Es ingeniero y ha estudiado en Inglaterra y Alemania. Es el portador de la civilización o el salvador o pseudosalvador de Orbajosa. Para nosotros Pepe Rey, a pesar de toda su inteligencia y habilidad, peca de irreflexión al criticar a Orbajosa, puesto que parece olvidar que habla con sus habitantes. Y esto no deja de ser una falta de cortesía o de urbanidad que provoca el desagrado en sus anfitriones:

«El aspecto de su patria de usted (...) no puede ser más desagradable. La histórica ciudad de Orbajosa, cuyo nombre es, sin duda, corrupción de *Urbs augusta*, parece un gran muladar»¹².

A nadie le gusta que un «extranjero», un «caballerito» refinado venga a implantar órdenes, aunque sea para desterrar la corrupción y el atraso. De ahí que Pepe se enfrente con el penitenciario, don Inocencio, desde el primer momento. Los puntos de divergencia entre ambos son la miseria, la ciencia y la fe. Pepe defiende las ideas más liberales y modernas, mientras que don Inocencio vive aferrado a una tradición multiseccular que, desgraciadamente, no ha muerto.

El joven ingeniero es más fuerte que don Luis. Tal vez esto se deba a sus estudios en Europa o a su mayor edad (Luis sólo contaba con 22 años). Pepe Rey es justo lo contrario al seminarista de Valera. Galdós no se anda con problemas psicológicos, sino que, desde el principio, ya enfrenta a su protagonista con todos los habitantes de Orbajosa. Así, Pepe tropieza con una serie de obstáculos que frenan su actuación, pero tal vez la culpa la tuvo él por no mostrarse con la debida cautela desde un principio. Una vez iniciado este proceso de casi autodestrucción, sus enemigos, Perpecta e Inocencio, no dudarán en atribuirle toda clase de mezquindades y ruindades. Pepe no será escuchado porque sus primeras palabras ya le han condenado. De este modo, en la carta que dirige a su padre ya se muestra perdido y hundido moralmente:

«A usted puedo hablarle como se habla a solas con Dios y con la conciencia; a usted puedo decirle que soy un miserable, porque es un miserable quien carece de aquella poderosa fuerza moral contra sí mismo, que castiga las pasiones y somete la vida al duro régimen de la conciencia»¹³.

Si el señor Deán era la conciencia de don Luis, ahora, de modo algo distinto, el padre de Pepe es su propia conciencia que le recrimina todas sus debilidades e imperfecciones.

Julián, el capellán de *Los Pazos de Ulloa*, es un ser tímido y blando al que todos los acontecimientos se le van de las manos. En él se aúnan las vacilaciones de don Luis junto al intento renovador de Pepe, ya que, cuando Julián es muy molestado, se rebela con la fuerza que sólo los muy tímidos tienen. Julián, sin embargo, no es tan peligroso como Pepe. De ahí que no se le preste tanta atención o se le considere irónicamente, porque, precisamente a Julián, la cólera lo domina pocos instantes, luego vuelve a su mansedumbre y ternura habituales. Tal vez esto se deba a su humilde origen: él no es hijo de un acaudalado cacique, como don Luis, ni ha realizado excelentes estudios en el extranjero, como Pepe, sino que su madre

fue el ama de llaves en la casa del tío de su actual señor, Pedro Moscoso.

Del capellán conocemos el exterior, parecido en cuanto a debilidad al de don Luis y terriblemente opuesto al de Pepe. Julián es el típico sacerdote recién ordenado, tímido y asustadizo:

«Por ser joven y de miembros delicados, y por no tener pelo de barba, pareciera un niño, a no desmentir por la presunción de sus trazas sacerdotales»¹⁴.

Don Luis era débil interiormente, pero de aspecto sano, un «buen mozo»; Pepe tenía la fuerza de un «Hércules», y Julián es «como un niño». Es decir, Julián, en cuanto a comportamiento, imita, de lejos, a Pepe; pero, en cuanto a aspecto físico, es una reminiscencia del aspecto moral de don Luis.

A excepción de algún monólogo, pocas veces sabemos exactamente qué es lo que piensa Julián. Su conformidad es extremadamente particular: acepta todos los inconvenientes con un estoicismo magnífico:

«Y casi al punto mismo en que acudió a su memoria tan severo dictamen, arrepintióse el capellán, sintiendo cierta penosa inquietud que no podía vencer. ¿Quién le mandaba formar juicios temerarios? Él venía allí para decir misa y ayudar al marqués en la administración, no para fallar acerca de su conducta y su carácter... Conque... a dormir...»¹⁵.

«A dormir» y a callarse. Justo lo contrario que hacía Pepe. Al capellán lo conocemos por sus propias palabras, de ahí que esté algo desdibujado. Él es un ser bueno que intenta cambiar las relajadas costumbres de los pazos, pero no puede lograrlo porque el ambiente se lo impedirá.

Julián siente una debilidad, que raya en el enamoramiento, por Nucha, la esposa del marqués. Él ya ha abrazado la profesión religiosa y por eso sus ideas frente a Nucha son distintas de las de don Luis. Sólo pretende calmar los sufrimientos de su señorita, aunque su espíritu está lleno de dudas y vacilaciones:

«¿Y quién soy yo —se decía Julián— para guiar a una persona como la señorita Marcelina» Ni tengo edad, ni experiencia, ni sabiduría suficiente; y lo peor es que también me falta virtud, porque yo debía aceptar gustoso todos los pade-

cimientos de la señorita, creer que Dios se los envía para probarla, para acrecentar sus méritos, para darle mayor cantidad de gloria en el otro mundo...; y soy tan malo, tan carnal, tan inepto, que me paso la vida dudando de la bondad divina, porque veo a esta pobre señora entre adversidades y tribulaciones pasajeras... Pues no ha de ser así —resolvía el capellán con esfuerzo—. He de abrir los ojos, para eso tengo la luz de la fe, negada a los incrédulos, a los impíos, a los que están en pecado mortal»¹⁶.

Si Luis necesitaba del señor Deán y Pepe de su padre para autoconfesarse, ahora Julián se basta y se sobra para contarse sus problemas y resolverlos: él es realmente su propio juez.

Julián, como Pepe, es el portador de la justicia, de las buenas ideas en un plano religioso y moral. El cree, como cuando lucha con el archivo, que podrá cambiar algo en los pazos, aunque pronto advierte el error. Su historia es la historia de la desilusión. Él, como hubiera hecho Pepe Rey, fracasa en su proyecto «quijotizador» y si Pepe se dio de bruces contra los seres hipócritas, ahora Julián choca con todo un ambiente: el de los pazos. Don Luis quiso huir, pero el amor lo retuvo; Pepe se quedó y pagó con la vida, y Julián piensa que lo mejor es escapar:

«La cosa era bien clara. Situación, la misma del año penúltimo. Tenía que marcharse de aquella casa echado por el feo vicio, por el delito infame. No le era lícito permanecer allí ni un instante más»¹⁷.

Esto lo dice el Julián colérico, porque el Julián tímido no moverá ni un dedo hasta que el propio marqués lo expulse de su casa.

Los tres protagonistas masculinos que hemos analizado deben cambiar, de alguna manera, sus premisas originales:

—Don Luis, de forma idealista, renuncia a su carrera eclesiástica en favor del amor terrenal.

—Pepe, más reacio al cambio, no renuncia a nada y, en consecuencia, una sociedad hostil acaba con él.

—Julián será expulsado de los pazos y no sabrá o no querrá enfrentarse con aquellos que han mancillado su honor.

Los personajes femeninos también arrojan alguna luz para entender la novela decimonónica y el enfrentamiento de tendencias que se dio entre los diversos novelistas.

Pepita no es una joven apocada ni tímida, sino que es una mujer de carne y hueso, llena de fuerza y capaz de hablar a Luis de una manera muy directa para lograr sus objetivos:

«Para mí es usted su boca, sus ojos, sus negros cabellos, que deseo acariciar con mis manos; su dulce voz y el regalado acento de sus palabras, que hieren y encantan materialmente mis oídos; toda su forma corporal, en suma, que me enamora y seduce...»¹⁸.

Para Luis, Pepita es el modelo de belleza ideal porque la ve con ojos subjetivos. A ello contribuye su juventud, sus lecturas, el ambiente. Y no sólo es bella, sino que es buena, noble, caritativa, devota, discreta, serena... Perfecta, en una palabra.

Y de perfectas que no lo son, debemos hablar ahora. Doña Perfecta, más que culpable víctima de una religión intransigente, se nos aparece algo desdibujada. Son los otros personajes quienes la califican: para unos es perfecta, impecable y extremadamente devota; para otros es fanática e intransigente. Ella acepta con cierto amor a su sobrino, aunque, al notar las ideas de Pepe y el choque con el penitenciario, decide luchar contra él. Así, el capítulo XIX, eje central de la novela, nos sitúa ante el violento enfrentamiento entre tía y sobrino. Perfecta, una vez más, nos aparece descrita vagamente, pero con fuerza:

«Doña Perfecta se levantó indignada, majestuosa, terrible. Su actitud era la del anatema hecha mujer...»¹⁹.

Y es ese anatema quien formula el conjuro final:

«Doña Perfecta adelantó algunos pasos. Su voz ronca, que vibraba con acento terrible, disparó estas palabras:

—Cristóbal, Cristóbal... ¡mátale!»²⁰.

En Perfecta está toda la fuerza de la novela porque Pepe Rey es un «héroe» destinado a la fatalidad, mientras que ella es la dueña de su mundo, la directora de un buen sector de Orbajosa. Ella da el carácter de melodrama a la novela.

Doña Perfecta es una señora madura, aún hermosa, que vive aferrada al dogmatismo e intransigencia más severos. La capacidad de Perfecta se canaliza por otros cauces distintos a los de Pepita y los resultados han de ser, por ello, forzosamente negativos.

Nucha, la joven de *Los Pazos de Ulloa*, es una mujer delicada y enfermiza que no se parece a la saludable Pepita ni a la obstinada Perfecta. Ella se consumirá de melancolía en la aldea, lejos de su padre y hermanas y al lado de un marido primitivo y rústico. Sin embargo, es incapaz de rebelarse. Se trata de la típica mujer sumisa y pacífica, contraria u opuesta a Pepita o a Perfecta. Nucha nunca hubiera sido capaz de enamorar a un hombre ni de disparar un arma. Nunca. Su problema empieza y acaba en ella misma, ayudada, en buena medida, por Julián.

Desde esta perspectiva globalizadora podemos afirmar que la gradación de los personajes en estas tres novelas es ascendente:

—En *Pepita Jiménez* se trata de una pareja. La única oposición es la carrera religiosa, aunque «el hombre puede servir a Dios en todos los estados y condiciones...»²¹.

—En *Doña Perfecta* se da el clásico triángulo amoroso. Perfecta se opone al matrimonio entre Pepe y Rosario de forma descarada, mientras que Don Inocencio también se opone, más solapadamente, porque quiere casarla con su sobrino.

—En *Los Pazos de Ulloa* se establece una especie de quiasmo curioso: Pedro se casa con Nucha, su legítima esposa, pero se siente atraído por Sabel, ya que ambos son seres rudos y fuertes. Julián, espiritualmente, está muy vinculado a la delicada y lánguida «señorita Nucha».

Por último, cabe notar, que los ideales de belleza se repiten en las tres novelas:

—Pepita es la más bella de las tres. Lo es tanto física como moralmente.

—Nucha es bella en su interior porque padece un defecto físico. Además es una mujer débil y enfermiza, siempre triste y apocada.

—Rosarito es también una muchacha débil con tendencias, como explica el narrador, a las «saudades». Esto, y todos sus padecimientos amorosos, la llevarán a la locura.

Vemos como a los novelistas más realistas, Galdós y Pardo Bazán, les gusta pintar a sus heroínas con un tipo de belleza etérea, vaporosa, más en los actos que en las formas. En cambio, Valera se manifiesta partidario de la salud y las buenas costumbres²².

Aquí observamos algo muy curioso: don Luis se enamora de Pepita, que es mucho más fuerte que él (en el aspecto psíquico); Pepe Rey («de una pieza») se enamora de Rosarito, que está enferma, y lo mismo ocurre con Pedro Moscoso. Sin embargo, éste no se casa por amor, sino por conveniencias sociales más o menos solapadas.

Pardo Bazán con este planteamiento se nos muestra dura, drástica y veraz.

Conclusiones

En principio, los tres protagonistas masculinos se relacionan entre sí, como ya hemos visto. Pero, además, Pedro Moscoso, falso marqués de Ulloa, tiene la fuerza que a Julián le falta. Es decir, en cierta manera, lo completa.

Los tres personajes femeninos más jóvenes se relacionan también. Además, Sabel, al igual que Moscoso, completa a Nucha ya que responde a otro ideal de belleza a caballo entre la lozanía de Pepita y el primitivismo aldeano.

Hay coincidencias en las tres novelas en un punto especial. En todas ellas aparece un tío y su sobrino: el Señor Deán, tío de Luis, quiere para él lo mejor; igual ocurre con Don Inocencio, tío de Jacintito, que busca hundir a Pepe para que su sobrino pueda casarse con Rosarito. En *Los Pazos de Ulloa*, el señor De la Lage, además de querer convertir a Pedro, mandándole al sacerdote, le ofrece a su hija en matrimonio. Curiosamente, en dos de las novelas, el tío es un señor mayor que profesa la carrera religiosa.

Tenemos los elementos discordes como doña Perfecta (algo así como una primera actriz), Perucho, como el elemento sentimental, o Jacintito, como el tercero en discordia.

También aparecen los ayudantes tanto de la parte negativa como de la positiva: Antoñona y el vicario ayudan a Luis y a Pepita; Pinzón ayuda a Pepe, pero el resto se alía con doña Perfecta; y Primitivo y la Sabia están al lado de Sabel (mundo rural), mientras que Julián intenta favorecer el sagrado matrimonio de Nucha con el marqués.

El dualismo decimonónico se refleja con toda nitidez en los personajes masculinos: el idealismo de Luis y la fogosidad de Pepe se mezclan y distorsionan en Julián y Moscoso. Lo mismo observaríamos si analizásemos la lengua o cualquier procedimiento narrativo.

Doña Perfecta fue la respuesta dura al psicologismo y extremado embellecimiento de *Pepita Jiménez*, mientras que la condesa de Pardo Bazán supo unir ambos mundos con destreza.

Los personajes, en definitiva, se corresponden entre sí. Varían las soluciones a sus conflictos peculiares: Pepe y Luis responden a una realidad desdoblada —realidad triste y realidad feliz— mien-

tras que Julián, ingenuo y bonachón, vive momentos de absoluta candidez junto a otros en que nota, con cólera, el desmoronamiento de su hogar adoptivo.

El dualismo decimonónico que representan Valera y Galdós es superado por Emilia Pardo Bazán. Sin embargo, ha de quedar claro que el Realismo no puede definirse de una manera tajante o dogmática. Nosotros sabemos que el hombre se compone de dos partes, cuerpo y espíritu, materia y alma... realidad e idealismo. No están, pues, tan contrapuestos y no lo están porque, si el novelista pretende contar una historia más o menos verídica y completa, debe recurrir a ambos procedimientos. Esto es, a presentarnos la cosmovisión completa, contenido y continente. Ello es casi imposible y, si se logra, puede resultar una novela demasiado abrumadora debido a su excesiva carga de información. De ahí que cada autor elija su peculiar manera de narrar. Lo mismo ocurría en el s. XIX: a Valera le atraía más un realismo espiritual y a Galdós un realismo, en cierta medida, material (no del todo). Son, como venimos repitiendo, las dos caras de un mismo problema. Se trata, en suma, de intentar hermanar ambas tradiciones y mostrar que una no debe, forzosamente, excluir a la otra.

NOTAS

1. Este artículo sólo intenta ser una breve aproximación al estudio del dualismo decimonónico en la novela. Tal cuestión puede tratarse desde otros puntos de vista y merecería un estudio mucho más exhaustivo del que podemos ofrecer en estas páginas.

2. En *Pepita Jiménez* es lógica la estructura epistolar puesto que el proceso que nos narra Valera es progresivo. A saber: trato mutuo de la pareja, enamoramiento, lucha por esconder este amor, confesión del protagonista y declaración final. Los sucesos siguen un orden lineal.

3. Juan Valera, *Pepita Jiménez*, Madrid, Taurus, 1982 (Temas de España, 102), p. 47. En adelante citaré por esta edición.

4. *Ibid.*, p. 55.

5. *Ibid.*, p. 69.

6. *Ibid.*, p. 76.

7. *Ibid.*, p. 87.

8. *Ibid.*, p. 93.

9. *Ibid.*, p. 97.

10. *Ibid.*, p. 99.

11. *Ibid.*, p. 105.

12. Benito Pérez Galdós, *Doña Perfecta*, Madrid, Hernando, 1979, p. 27. En adelante citaré por esta edición.

13. *Ibid.*, pp. 270-271.

14. Emilia Pardo Bazán, *Los Pazos de Ulloa*, Madrid, Alianza (7 1978) (Libro de Bolsillo, 42), p. 8. En adelante citaré por esta edición.

15. *Ibid.*, p. 25.

16. *Ibid.*, pp. 257-258.

17. *Ibid.*, p. 179.

18. *Pepita Jiménez*, op. cit., p. 154.

19. *Doña Perfecta*, op. cit., p. 185.

20. *Ibid.*, p. 291.

21. *Pepita...*, op. cit., p. 187.

22. Cabe señalar que Valera con su don Luis presenta a un personaje haciéndose, es decir, en plena evolución; mientras que Pepe Rey es un personaje tajante, claro, ya hecho, que no varía ni un ápice, y Julián no entiende muy bien los sucesos que le ha tocado vivir. Muchas veces no actúa, sólo piensa, aunque, como ya hemos señalado, de cuando en cuando se permite algún acceso colérico. La Pardo Bazán intenta tamizar la tragedia por los ojos del sacerdote, ya que éste actúa siempre de buena fe. Cree que su misión es la más noble —y no se equivoca—; pero peca de ingenuidad al pensar que Pedro Moscoso se reformará gracias al vínculo matrimonial.

